

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

UN PUNTO DE REFLEXIÓN LA CRISIS DEL «IMPERIO» AMERICANO

WATERGATE se ha convertido en el problema constitucional quizá de más fondo en la historia de los Estados Unidos. Tanto, que así como en la liturgia del Sábado Santo se llega a decir del pecado original: ¡Oh felix culpa que ha merecido tan gran Redentor!, de Watergate se ha dicho que «constituía potencialmente la mejor cosa que podía haber ocurrido a la institución de la Presidencia desde hace mucho tiempo. Si se sigue el rastro iniciado hasta el fin, tendrán que pasar muchos, muchos años, antes que el "staff" de la Casa Blanca se atreva a tomar las libertades con la Constitución y las leyes que la Casa Blanca de Nixon se ha tomado».

Se trata de un momento crítico en la historia de los Estados Unidos que guarda un cierto paralelismo con la crisis de la República romana. Se dan en ambos casos la misma enorme vitalidad; la misma violencia; la misma capacidad de destruir hombres, si no ahora materialmente como en Roma, si política y civilmente; los mismos enfrentamientos institucionales y el mismo temor al poder personal —los fundadores de la República americana, al poder absoluto de los reyes, los republicanos romanos, al poder sacralizado de las monarquías orientales—; las mismas tensiones entre el patriciado —el «establishment»— y el pueblo y, sobre todo, la misma pujanza para resurgir de crisis que parecían situaciones límites.

Los asesinos de César temían la resurrección de un imperio greco-oriental como el de Alejandro Magno. Temieron siempre ellos, tan realistas, la seducción del Oriente con sus religiones «místicas», su inquietante, confusa espiritualidad. La aventura de César con Cleopatra ayudó a este recelo, que no era un temor vano. Los emperadores romanos acabaron siendo sacralizados como los orientales, y el Imperio mismo acabó también deslizando hacia Oriente donde sobreviviría mil años al desaparecido Imperio Romano de Occidente. Por esta traslación del centro de poder de Occidente a Oriente, la ciudad de Roma quedó vacía de contenido y de sustancia, y es en ese hueco donde vino a echar raíces la semilla de una religión oriental, la cristiana, que fue sembrada en Roma apenas iniciado el Imperio.

El cristianismo era la religión más misteriosa del Oriente. El Hijo de Dios, nacido de una Virgen por obra del Espíritu Santo, que muere en la cruz de los esclavos en sacrificio por la salvación del género humano y que anuncia el advenimiento de un Reino de Dios que no es de este mundo. Nada más contrario que esta «buena nueva» al espíritu romano que había secularizado el Olimpo de los dioses griegos y que había hecho del estoicismo una moral dura, práctica y terrenal: «Querir y no querer morir, lo uno y lo otro es cobardía».

La Roma clásica recibiría del Oriente el misterio de la Encarnación, y ese misterio recibiría de la Roma clásica una fuerza de expansión universal, es decir, católica, el sentido de la autoridad y del orden, las formas jurídicas que necesita toda sociedad humana y, sobre todo, una estructura institucional:

el Obispo de Roma será el Romano Pontífice, reencarnando una institución político-religiosa típicamente romana.

Así como los romanos temieron la orientalización, los americanos temen que en la Casa Blanca se instale el «ethos» imperial y dinástico —ya antes de ahora tenían a la dinastía de los Kennedy que ha sido tan cruelmente cercenada—. Pero con «ethos» o sin «ethos» imperial, de hecho, Norteamérica es un imperio. Se ha convertido en un centro de poder donde se toman las decisiones últimas que afectan a toda la humanidad, incluido, aunque en menor grado e indirectamente, el mundo comunista. Ha impuesto sus formas y estilos de vida, su dinamismo, su sistema económico, sus técnicas, sus máquinas, sus cadenas industriales, su «management», su moneda, sus medios de comunicación y, para decirlo brevemente, lo que se llama el «American way of life». En otras palabras, ha americanizado el mundo actual como los romanos romanizaron el mundo de su tiempo.

Es verdad que el imperio americano está amenazado por fuera por otro poder imperial, aunque de menor rango, que es la Rusia comunista, y amenazado por dentro por la corrupción, el problema negro, la violencia y todas las enfermedades de la sociedad industrial y tecnológica. Pero no ha habido imperio que no haya estado amenazado desde su fundación misma —los gigantes tienen siempre los pies de barro— y la historia del imperio romano así lo confirma.

Mas, frente a la amenaza exterior, vale la sentencia de que «lo que nos amenaza también está en peligro». Y en cuanto a los problemas internos del pueblo americano, no se pueden comparar con los que tuvo la Roma imperial del siglo I. Los emperadores que produce el cruce consanguíneo que mezcla a las dos grandes familias de los Julii y Claudii: los Tiberios, los Calígulas, los Claudios, los Nerones, así como las terribles mujeres que jugaron un papel tan decisivo en esa época, turbaron la primera fase de la vida del nuevo Imperio hasta un punto increíble y, sin embargo, el curso imperial se remonta a partir de las postrimerias del siglo I, y especialmente durante el siglo II, con los grandes emperadores españoles Trajano, Adriano y Marco Aurelio, que dieron al Imperio romano un esplendor que todavía no se ha extinguido.

El curso histórico de un imperio está sujeto a estas flexiones y altibajos, sin que sea fácil predecir a los contemporáneos cuál es el momento de la flexión definitiva de ese curso. Lo que sí, en cambio, se puede determinar son las mutaciones que en la estructura política imperial las sucesivas fases de ese curso histórico van demandando. Precisamente lo que Watergate ha puesto de manifiesto ha sido la tensión y el desequilibrio que en la Constitución americana de los fundadores de la República se ha llegado a producir entre los poderes ejecutivo y legislativo.

En los países de régimen parlamentario, como el Gobierno emana de la mayoría parlamentaria, se crea una interna e íntima unidad entre poder legislativo y ejecutivo. No así en el

sistema presidencial. Concebidos como dos poderes independientes, generados ambos directamente por la soberanía popular, solamente una gran cohesión política nacional puede mantener ese difícil equilibrio. Pero la tendencia de un Poder Ejecutivo concentrado en las manos de un solo hombre es a tomar el «sopravento» frente al Legislativo. De haber caído en esa tentación la Casa Blanca es de lo que acusa el Congreso americano a Nixon, aunque la triste aventura de la guerra del Vietnam, que fue una aventura presidencial, no se le pueda, en justicia, imputar.

Un ejemplo de cómo trata el Congreso de contener en sus justos límites el poder presidencial se refiere a las limitaciones que quiere imponer a lo que se llama el «Privilegio Ejecutivo», el cual es en general la clásica potestad ejecutiva para actuar en asuntos de interés público y nacional, elección de representantes diplomáticos y altos cargos, supremo control del modo de cumplir las leyes, etc., pero se usa también de un modo particular para hacer referencia a aquellas facultades concretas que colocan al Presidente por encima del Congreso, como, por ejemplo, el uso del veto, el «impoundment» y el derecho de iniciar y disolver las legislaturas y gobernar por decreto, etc.

De estas facultades, la única que necesita una aclaración es el «impoundment», el cual consiste en lo siguiente: Cuando un gasto consignado en presupuesto y aprobado por el Congreso va a hacerse efectivo, el Presidente puede intervenir haciendo uso del «impoundment», si en ese momento estima que debe impedir tal gasto por motivos económicos o políticos, o por considerar que no es imprescindible tal gasto en dicho momento. Por ejemplo, si se aprueban unas obras públicas y el presupuesto correspondiente, y en ese momento el Presidente cree que dicho gasto es perjudicial, puede usar esta facultad y el Congreso tiene que volver a examinar el gasto; al final el Presidente puede imponer su criterio.

Pero el problema de América no es meramente constitucional y político. Es mucho más hondo. El americano ha perdido la fe ingenua en la moral utilitaria y calvinista del éxito económico y social como signo de predestinación. A causa de la desventurada guerra del Vietnam y de la tragicomedia de Watergate, el «American Way of Life» ha perdido su «glamour», en América y fuera de América. En esto no cabe engañarse o cegarse. El gran pueblo americano necesita un punto de reflexión sobre sí mismo —como la España del 98 al liquidarse los últimos restos de su imperio— para reencontrar los fundamentos de su misión y de su destino históricos. Esos fundamentos tienen que ser renovados si América quiere seguir siendo lo que ha sido hasta ahora para muchos pueblos: un símbolo de libertad y de esperanza.

Antonio GARRIGUES

INCOGNITAS DE LA EDAD CONFLICTIVA

El tema aún está por explorar: en todo caso, por investigar a fondo. Se trata de aquel agrio, increíble episodio histórico que protagonizaron los «conversos» en la España del siglo XVI —y no sólo del XVI—, cuyo alcance apenas comenzamos a entrever. Hasta ahora, los eruditos profesionales le han dedicado poca atención. «Et pour cause!», sin duda. El embrollo tiene una raíz aparentemente «ideológica», y su planteamiento, incluso en meros términos expositivos, había de resultar vídrioso. De por medio se metían prejuicios y recelos, de índole polémica, muy ligados todavía a los acontecimientos remotos y renovados al ritmo de disputas recientes. ¿Se quiere síntoma —así claro, más grotesco, que la penuria de estudios serios acerca de la Inquisición y sus cosas, en la bibliografía celtibérica actual? Chácharas favorables u hostiles, tantas como se quiera; pero poco o nada con un mínimo de rigor científico. Más aún: ni el clásico mamotreto del reverendo Lorente ha merecido ser reeditado, ni la extensa obra de Ch. D. Lea, ya vieja, ha merecido la curiosidad de una simple traducción... Américo Castro desenterró el asunto, y le devolvió interés. Pero el enfoque de Castro no ha sido bien recibido en los medios profesionales del ramo. En parte, quizá, por los enfoques teóricos que don Américo se sacó de la manga, profundamente discutibles; en parte, también, por el «pecado original», de su especialidad, la historia literaria. Sin embargo...

Sin embargo, el camino quedaba abierto. Y no precisamente para prolongar bromas como la de la «viduira», ni para restringir las dimensiones del drama a lo que den de sí los testimonios de la literatura. Salta a la vista que, a partir de un momento muy determinado, en los territorios regidos por los Reyes Católicos, la «casta» de los conversos adquirió una especial significación. ¿Política, social? Lo uno y lo otro, al parecer. En todo caso, contra ella se desplegó la vasta actividad del Santo Oficio. Los conversos, en definitiva, no siempre se resignaron a ser «buenos cristianos», ni —a veces— «cristianos» a secas. Bautizados por obligación o por conveniencia, siguieron vinculados de algún modo a sus credos anteriores: el islámico o el mosaico. La peripecia de los moriscos —mahometanos cristianizados— se produjo a niveles subalternos: geográficamente reducidos (unas pocas comarcas de Aragón y del Principado y particularmente el País Valenciano) y, desde el ángulo de clase, centrados sobre multitudines labriegas, artesanos menores y buñoleros itinerantes. Lo de los judíos fue diferente. Un sector de los hebreos instalados en estos reinos había llegado a situarse en posiciones elevadas de rango y de fortuna. Fernando el Católico, por línea materna, de los Enríquez, descendía de judíos. De los

Santángel se dijo que «empuercaron» media aristocracia aragonesa. El famoso «Tizón» era una denuncia dirigida contra los «notables». Y había más.

Había algo que, en el vocabulario usual, convendría llamar «burguesía». Juristas, tenderos, médicos, notarios, canónigos, manufactureros, gentes de empresa y de letras, a menudo con patrimonios pingües, tenían ascendencia judaica. La Inquisición les tomó en cuenta con especial predilección. De hecho, y a escondidas, continuaban aferrados a la Ley Mosaica. Las circunstancias les llevaron a una aberrante, infernal peregrinación, con la amenaza segura de la hoguera, por un lado, y un extraño desarraigo religioso, por el otro. Judaizaban, desde luego. E el secreto de su hogar, celebraban los ritos de las Cabañuelas, el ayuno de la Reina Esther, salmodiaban en el trámite de matar bestias comestibles, cumplían el descanso sabático. Y simultáneamente, iban a misa y hasta escribían poemas a la Virgen. ¿Cuántos eran? ¿Cuántos de los que «eran», sufrieron el castigo de la justicia eclesiástica? ¿Qué consecuencias reales tuvo, para la compleja vida de la sociedad, esta incidencia? Esto es lo que todavía no tenemos suficientemente investigado. Américo Castro puso su pasión y su olfato en el rastro de los residuos «intelectuales» de la comoción. Por supuesto, para entender a Cervantes, a santa Teresa de Ávila, a fray Luis de León, la «Celestina», el «Lazarillo», es inevitable tener presente la condición de «conversos» —de judíos conversos— que afecta a la plana mayor de la literatura castellana de la Filipada. Sólo que los libros geniales no abarcan toda la «historia». Ni todo quedaba entre Salamanca y Valladolid. La indagación pendiente exige otros detalles, más amplitud, nuevos enfoques...

Ultimamente, he leído un importante papel de Jorge Ventura, publicado —según deduzco por la portada de la separata— en los «Cuadernos de Historia Económica de Cataluña». La monografía en cuestión se refiere a las vicisitudes de un personaje valenciano de finales del XV, Lluís Alcanyís, autor de un tratado para paliar los efectos de la peste y participante —como poeta— en el certamen que dio pie a «Les trobes a llaor de la Verge Maria», impreso en 1474, primer libro tipografiado en catalán. Alcanyís murió en el patíbulo, reo de judaizar. No lo sabíamos. Ni lo sospechábamos. Hace poco, un distinguido investigador «amateur», publicó el proceso inquisitorial de la familia del filósofo Vives. Juan Luis Vives era judío por los cuatro costados, y, si no recuerdo mal, los huesos de su difunta madre y su padre vivo acabarían consumidos en una pira judicial. Al precedente de Vives se suma el de Alcanyís. El indicio es doble, y

se inaugura, así, un interrogante inédito, decisivo para precisar el pasado de la cultura de los Países Catalanes. Es triple el indicio, al fin y al cabo: Jorge Ventura ha detectado que el maestro Tristany, en cuyas aulas aprendió lo que aprendiese el Vives tierno, también fue a parar a los calabozos del Tribunal de la Fe. Son datos a considerar. En un plano donde los datos escasean, las pistas levantadas piden mucha reflexión. Y no termina ahí la posibilidad de suspicacia. Las indagaciones de Jorge Ventura nos colocan frente a incógnitas mayores.

Una de ellas, justamente, es la de la confusa explicación de la «Decadencia», de los orígenes de la «Decadencia», de la literatura catalana. Jordi Rubió y Martí de Riquer intercambiaron hipótesis acerca del particular, y me temo que mis dos admirados amigos descuidaron el verdadero meollo del drama. La «literatura» no es una abstracción: es como cualquier otra variante de la industria y del comercio, y hay que ir a la estricta verdad de su mecanismo —una especial forma de compraventa: de consumo— para puntualizar las presuntas fases de la crisis. La crisis a que aludo es bien conocida: los Países Catalanes, casi de la noche a la mañana, dejaron de tener una literatura propia. En su propio idioma, exactamente. Y sin que mediase severas inducciones en sentido contrario: en el sentido del «abandono», quiero decir. Este eclipse, sin demasiados equivalentes en otras zonas culturales de Europa, se produce en Valencia. Nos llevaría mucho espacio y mucho tiempo el informar de algún modo por qué Valencia se convierte, a mediados del Cuatrocientos, en el centro intelectual del área catalana. Es un hecho, certificable con nombres insignes: Roig, March, Martorell, Villena, Corella, etcétera. Los cenáculos «ilustrados» de la aristocracia local, cortesanos, se castellanizaron tempranamente, en tiempos de las Tristes Reinas de Nápoles y al amparo de otras minucias poderosas igualmente impresionantes. Pero quedaba mucho por aclarar. Jorge Ventura sugiere una conjetura. Que es más que una mera conjetura. Sus indagaciones le permiten hacerlo.

Ventura aporta a las incertidumbres, hasta ahora en uso, una posibilidad de iluminación. Avanzado el XV, la cultura se hace laica —no clerical— y burguesa —no aristocrática—, y en Valencia se podría documentar, el proceso desde mucho antes, a partir de fray Antoni Canals. La «cultura», entonces, se convertía en lujo o necesidad de mercaderes, de clérigos, de «profesiones liberales». Y, a esta escala, la inocente talmudería indígena llevaba la voz cantante. Nunca sabremos lo que ocurrió, con precisiones correctas. Pero sí pode-

mos acercarnos a las evidencias: si podríamos perfilar algo que parezca una evidencia. Estamos hablando de «historia», y sería pedir peras al olmo ir más allá de eso. Ventura ofrece, tras una larga consulta de archivos, un dibujo de esquema digno de ser retenido. La acción del Santo Oficio se cebó en la «burguesía» de la época. La desbarató. Esto es obvio. En estos cauces sociales funcionaba la cultura tradicional, en lengua y en ideas, y, de pronto, se interrumpe gracias a la Inquisición. El humanismo vernacular apuntaba, tremendamente propiciado por la ambigüedad del momento, y se frustró. El erasmismo posterior —en latín o en castellano— se ve abocado a un callejón sin salida, también. Mientras tanto, el cambio de lengua se había producido. Jorge Ventura sugiere que la «caza de brujas» trajo unas consecuencias fatales: desmontó la «clientela». Esperemos el resultado de más escudriñaciones suyas. Serán muy útiles, y si se me apura, imprescindibles, para la comprensión de lo que pasó en Valencia entonces. Que involucre tanto la cultura catalana como la castellana.

Personalmente, creo que las indicaciones de Jorge Ventura complementan de manera irrefragable los vacíos de la erudición anterior. Que no sólo atañen a la «cultura». La lucha, pues, lucha era, tenía implicaciones más amplias. Perdió la batalla la «burguesía», y no frente a los estamentos inferiores, precisamente. No es del caso denunciar las derrotas sucesivas, incluyendo la «no-toma-de-la-Bastilla», que ha aguantado el grupo social mencionado. Volviendo a la materia que nos ocupa: la excusa del judaísmo —y no era excusa— sirvió para destruir una articulación social dinámica y eficaz. El catalán padeció las consecuencias, en cuanto al funcionamiento regular de sus posibilidades. En Valencia, sobre todo. Luego vino la guerra de las Germanías, que fue una revuelta popular de inspiración «burguesa»: antifeudal y, por consiguiente, anticlerical, aunque portentosamente pía. Mientras la Inquisición eliminaba «burgueses», todo cambiaba. Para la cultura prevista o previsible, esp significaba desconcertar el «público» en marcha. Las decisivas aportaciones de Jorge Ventura tropiezan con estas preguntas: ¿Fue tan drástica la inducción del Santo Oficio?, ¿cómo simultáneamente a la quema del médico Alcanyís se preservan gérmenes de resistencia, que luego se manifestarán en los clanes erasmistas?, ¿cuál era, en medio del lío, la opción lingüística de las personas involucradas?... La fecundidad de los incógnitas por despejar es inmensa. Don Américo Castro no habría sabido imaginarlas...

Joan FUSTER